



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
DE BUENOS AIRES

REPETICIÓN DE ORTEGA¹

Raúl Ballbé

El panorama que nos ofrece el mundo contemporáneo es particularmente desolador. El optimismo cientificista del siglo pasado despojó al nombre occidental de las auténticas creencias en que había puesto su vida, llamado por una concreta necesidad de trascendencia. Ocuparon su lugar seudo creencias, es decir, abstracciones. El hombre mismo comenzó a transformarse en una de ellas, a deshumanizarse². Las seudo creencias demostraron, finalmente, su verdadera naturaleza y nuestro contemporáneo, sin saber al servicio de qué poner su vida, sin creer ya en la trascendencia de su ser, empezó a pensar que sobraba en el mundo. El comunismo, por su parte, pretende representar la única creencia de nuestro tiempo, puesto que proporciona un fin concreto a la vida. Pero lo que en realidad

¹ Publicado originalmente en *Sur*, Homenaje a Ortega, N° 241, Julio-Agosto, págs. 156-165, Buenos Aires, 1956.

² Sobre seudo cuencia, que es una forma de seudo creencia, leemos en la *Teoría de lo Verosímil*, de Ortega: "Escribiendo a Berthelit, refiere (Renán) que en Selínote, barcasas llenas de gente venida de diez a quince leguas a la redonda, asaltaron su navío al grito de "¡Viva la ciencia!"... A pesar de todo, me voy a permitir dudar de que el amor a la verdad, a la ciencia, fuera el rasgo característico del alma de Renán" (Obras completas, Revista de Occidente, T. I, pág. 443).

sustenta es una fatalidad histórica: las profecías del marxismo se cumplirán necesariamente con el tiempo. Mas debemos desconfiar de los profetas de la historia. Son los falsos profetas que ocultan, tras la sobrenatural misión, la mala fe de su complicidad en determinado movimiento social. A propósito de ellos, dice Kant en el *Conflicto de las Facultades*: "También los sacerdotes presagian en ocasiones la decadencia total de la religión y la próxima aparición del Anticristo; mientras tanto, hacen todo lo que está de su parte para que esto ocurra". Debemos subrayar que, por el contrario, la auténtica creencia persigue lo trascendente y se nutre en el combate.

Al reflexionar sobre el mundo actual repetiremos, en el sentido heideggeriano de la palabra, a José Ortega y Gasset. Esto significa, pues, que lo repensaremos, es decir, que intentaremos comprenderlo en su actitud, para sentirnos comprendidos por él. De esta manera lo reviviremos y repensaremos, ya que la comprensión, siempre es personal y promueve el pensamiento. En la época actual, en que se cree pensar para todo el mundo, no se piensa para nadie: *todo el mundo* constituye una abstracción y, por tanto, no es nadie. En cambio, la auténtica filosofía vive en el diálogo, que, a veces, sólo puede mantenerse con los muertos. La soledad de las aglomeraciones es la única verdaderamente terrible y genuina. No se puede, pues, concebir el diálogo sin comunicación, o mejor aún, sin comunión personal. Solamente en tales circunstancias surge el auténtico pensamiento, es decir, se crea la comunidad que alimenta a los que se comunican hablando o en silencio. Los dialogantes se dirigen, con espíritu creador, a lo no dicho, al sostén de toda creencia personal; quienes conversan por el contrario, reproducen opiniones, estereotipan el pensamiento y caen en lo impersonal.

Nuestro diálogo con Ortega versará sobre algunos de los hechos más importantes de la época actual y los antecedentes históricos que contribuyeron a configurarla. El pasado sirve para comprender el presente -jamás lo explica causalmente- y para vislumbrar el futuro: reflexionar sobre la historia es tan importante para el porvenir de la humanidad como la experiencia personal lo es para la existencia de cada hombre. Toda visión del pasado nos proporciona el negativo de lo que debemos hacer y señala el sentido que encierra el presente, es decir, su compromiso con el futuro. Por tanto, no nos debe extrañar que algunos sagaces pensadores del siglo pasado -Goethe, Burckhardt y Tocqueville, por ejemplo- anunciaran, casi con precisión matemática, nuestro catastrófico presente, mientras sus contemporáneos permanecían sordos y ciegos. Los hombres de la actualidad siguen, en su mayoría, ciegos ante el peligro inminente a que nos precipita la tecnificación indiscriminada y sordos a las advertencias de los pocos que aún hoy conservan sabiduría.

Para aclarar el puesto del hombre actual en el mundo histórico, podríamos partir de dos concepciones, en apariencia antagónicas, de su desenvolvimiento temporal. Me refiero a la tesis individualista y a la colectivista. La primera sostiene que el método de investigación consiste en una biopsia histórica, es decir, en aislar un hombre y estudiarlo cuidadosamente. Si el investigador es sagaz hará, inclusive, un acertado pronóstico de la evolución de aquél. Pero si queremos que lo estudiado sea, a través de nuestro estudio, un hombre, deberemos llegar a él por medio de la comprensión, mas

nunca reducirlo a una fórmula, por tanto, a una abstracción. Ahora bien, no todos los hombres han hecho la historia. Por el contrario, ésta parece plasmarse en las vidas singulares de algunos de ellos, capaces de la valentía de un saber espiritual, *Sapere audej* Pensemos en San Agustín, Giordano Bruno o Hölderlin.

El segundo camino para interpretar la dinámica histórica consiste en partir de lo supraindividual, llámese espíritu objetivo, espíritu del pueblo o sociedad. Pero tanto esta tesis como la anterior son unilaterales, ya que justamente el concepto de pueblo las armoniza. En efecto, el auténtico pueblo participa del espíritu de las grandes personalidades y, en este sentido, contribuye a hacer la historia. Subrayemos que participar no significa copiar —copiar una conducta siempre resulta grotesco—; antes bien, la verdadera personalidad exige autenticidad a quien la sigue. A través de un pueblo podemos reconstruir su época y captar el sentido que sus hombres ejemplares le imprimieron. La idea de aquél lleva implícito el concepto de don y gratitud, dentro de un marco de individualismo, para que cada individuo realice, en la medida de sus posibilidades, la libertad. En cambio, cuando el pueblo se degrada en masa, ya no puede avanzar un paso más en la historia: se transforma en un ente antihistórico. La historia es la revelación progresiva del ser en el camino de la libertad; por tanto, la mayoría de los hombres contemporáneos permanecen al margen de la historia.

Después de la aparición de las primeras grandes culturas, es decir, de las sociedades egipcia, sumérica y babilónica, que florecieron cuatro mil años antes de Cristo, de la cultura prearia del Indo, perteneciente al tercer milenio y del mundo chino del segundo, que constituyeron el preludio de nuestra historia, entramos en ella —con respecto a Occidente— gracias a los pocos hombres a quienes se le reveló el espíritu, como respuesta a la pregunta por el ser. Pensemos en Parménides, Heráclito y Sófocles. Esto significa que los milenios vividos por el hombre en posesión de la técnica, no bastaron para sacarlo de la prehistoria. En cambio, la pregunta metafísica lo elevó a la madurez de su ser.

La interrogación por el misterio señaló.; pues, el comienzo de la pavorosa historia del hombre —hacia el año ochocientos antes de Cristo— que en nuestros días amenaza llegar a su fin. El peligro de un prematuro y fatal desenlace de aquélla parece revelar la existencia de una fuerza demoníaca en el hombre, que se nutrió de las interminables guerras del pasado, hasta lograr, por último, el dominio del ser humano. Pero mientras el mundo fue demasiado grande para el hombre, cuando todavía existían pueblos bárbaros que someter o tierras inexploradas que poblar, tal fuerza aparentó una benignidad compatible con la convivencia humana. Después del Renacimiento, por ejemplo, la naturaleza se doblegaba, complaciente, ante el entusiasmo de Galileo: todo esperaba ser descubierto o modificado. Pero en el siglo XIX la tierra sufre un cambio radical: la técnica moderna y el desproporcionado aumento de la población —se triplicó en el curso de un siglo— redujeron el mundo a una extrema pequeñez. El físico contemporáneo, consciente de su responsabilidad, vive angustiado por las consecuencias inesperadas de sus

descubrimientos, utilizados irreflexiblemente por una técnica demoníaca. La convivencia humana está cada vez más comprometida: el peligro de una nueva guerra nos obliga a pensar en el probable suicidio en masa de la población del planeta. Pero, por otra parte, la paz que prometen los políticos contemporáneos tranquiliza menos aún que los conflictos que nos amenazan.

La técnica, desbordante de su cauce originario, constituye el problema eje de nuestro tiempo. Como observó Ortega y Gasset, el antiguo artesano, que era, al mismo tiempo, técnico y obrero, fue obligado a desaparecer por las complicaciones del trabajo que debía realizar: las herramientas se transformaron en máquinas y aquél tuvo que elegir entre ser técnico u obrero, es decir, entre productor o siervo de las máquinas. De esta manera el hombre desató una nueva fuerza y, sirviéndose de ella, adquirió poderes nunca vistos hasta entonces: pudo reducir el espacio y el tiempo a dimensiones asombrosamente pequeñas. Piénsese en la repercusión que tiene un acontecimiento cualquiera en el mundo entero, transmitido telegráficamente y divulgado por los periódicos de todos los países, simultáneamente, casi, con el momento de ocurrir. Además, las fronteras de las naciones han quedado reducidas a mera abstracción: por medio de la radio, la propaganda política puede minar un gobierno a distancia, de la misma manera que la propaganda comercial impone sus artículos³.

Pero antes de proseguir preguntemos quién es el responsable de los males acaecidos en nuestro tiempo: ¿la técnica o el hombre? En modo alguno podemos rechazar el valor positivo de la técnica, mientras se desarrolle dentro de su propia esfera; en cambio, debemos reconocer hasta qué punto es necesaria en el complejo mundo que habitamos, hecho que no admite el gandhismo filosófico. Éste pretende que el hombre se desembarace de la técnica, puesto que la responsabiliza del mal que padecemos. Mas semejante actitud -que procede de fuentes culturales extrañas a Occidente- conduciría a una catástrofe de singular gravedad.

Ahora bien, la finalidad de la técnica consiste en adaptar la naturaleza al hombre, creándole a éste un ámbito de bienestar que le permita, ejerciendo la libertad realizar su auténtico ser. Pero cuando aquélla abandona su cauce para introducirse en la vida del espíritu, fatalmente la destruye. El hombre se convierte, paradójicamente, en el instrumento de su propio instrumento. De aquí desprende Gabriel Marcel que la técnica, dueña de la situación, es fuente de pecado. Éste tiene su origen, en el plano teológico, en la independencia de la criatura respecto al Creador, enfrentándosele como si tuviese la misma dignidad. Recordemos el versículo bíblico: "Mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". Por tanto, desde el punto de vista filosófico, la rebelión de lo hecho por el hombre, al volverse contra él, es también pecado.

³ En el *Conflicto de las facultades*, Kant considera que el comentario de la Revolución Francesa en Alemania no ofrece riesgo alguno, puesto que ese país "está alejado en más de cien millas del teatro de la revolución".

Pero si bien es acertada la metáfora de Marcel, no debemos olvidar que la naturaleza demoníaca del hombre es la verdadera responsable. Él fue quien dirigió la técnica contra sus semejantes, por la razón de que nunca los consideró como tales y, aun en plena tradición cristiana olvidó que cada hombre procede de un acto de creación. Al introducirse aquélla en lo humano, no se hizo esperar la degradación del hombre. Podemos decir, en la actualidad, que la técnica es fuente de pecado; pero agreguemos que su propio creador, en el acto de mayor irresponsabilidad histórica que jamás haya acontecido, la obligó a rebelarse. En cambio, la técnica puesta al servicio del hombre, le alivia el castigo del trabajo y le permite, con esto, disponer libremente de su existencia.

Tal disponibilidad, que pertenece a la esencia del hombre, equivale a la existencia misma, ya que *existir* significa ponerse fuera, es decir, proyectarse para servir a determinados fines. Al crear su propia obligación» el hombre de espíritu noble pasa a la indisponibilidad, mientras que el plebeyo, *insistee* en su vulgaridad. Aquél, que hace consistir su vida en servir a lo trascendente, logra equilibrar el trabajo que le impone la circunstancia de estar en el mundo, es decir, el deseo de bienestar —como subraya Ortega y Gasset— con la preocupación metafísica. De esta última surgió, en la antigüedad, una moral que nos hace avergonzar por la que rige en nuestros días. Compárese la *Ética a Nicomaco* con las doctrinas psicoanalíticas del presente.

Pero el hombre moderno no se preocupó por mantener ese equilibrio. Antes bien, cuando las técnicas le proporcionaron más tiempo para disponer libremente, lo empleó para crear otras nuevas; con ello los medios se transformaron en los fines de su existencia y, desarraigado de las tradiciones, no supo qué hacer. Necesitó, entonces, distracciones y placeres tecnificados. Finalmente, la libertad comenzó a serle una pesadilla, Exigió, por tanto, que todo fuese predeterminado y, exacerbado su rencor, se lanzó al exterminio de quienes la ejercían con nobleza. Con este tipo de hombre se inaugura la era de las planificaciones.

En 1793 escribía Kant; "Una paz duradera y general, lograda mediante el llamado *balance de los poderes de Europa*, es una simple quimera; algo así como la casa de Swift, que un arquitecto había construido de acuerdo con tan perfectas leyes de equilibrio, que si sobre ella se posara un gorrión, se derrumbaría"⁴. Tal es la concepción del Estado moderno: la maravilla de un equilibrio dinámico. El europeo, pleno de entusiasmo por las promesas de la ciencia y demasiado seguro del triunfo, arriesgó toda la experiencia pasada por una quimérica abstracción. Ensayó, de esta manera, el equilibrismo más sutil que registra la historia. Pero los hombres concretos que debían mantenerlo, al introducir en él la técnica, lo transformaron en rígido mecanismo. El estado, convertido en colosal máquina, subordinó a técnicos y científicos; mas luego, para desarrollarse con la mayor perfección, requirió los servicios de serviles políticos, filósofos, psicólogos y artistas a quienes finalmente esclavizó. Desde entonces, él mismo comenzó a regir su propio

⁴ WERK, E. Cassirer, VI Band, Berlín 1923, pág. 397.

destino. El denominador común de tales aberraciones fue siempre la tiranía, aunque muchas veces se cubra ésta con la piel de cordero de la democracia. En efecto, la democracia liberal, al desvirtuarse por una técnica aplicada al hombre, degradó a los pueblos en masas humanas y se convirtió, fatalmente, en despotismo. Reinstaurar en el presente tal simbiosis, revelaría una falta absoluta de conciencia histórica: la realidad actual requiere nuevas normas de convivencia.

La democracia moderna se apoya en tres principios: libertad, igualdad y fraternidad, que, aplicados sin discriminación, crean serias incompatibilidades entre sí⁵. Tal cosa ocurre cuando, desconocida la estratificación jerárquica del ser humano, se pretende que la igualdad, por ejemplo, rija la personalidad. En este caso se destruyen, fatalmente, la libertad y la fraternidad, junto con la esfera personal misma. Surgen nuevas relaciones entre las premisas de la democracia liberal, desvirtuada por la unificación que parte de lo más bajo. En efecto, ser igual a otro consiste, previa comparación, en no ser menos que él, es decir, que quien se siente inferior desea igualar las condiciones que le faltan con respecto al otro y, do no conseguirlo, en él brotarán el resentimiento, el antagonismo, los conflictos.

Surge, por este camino, el afán plebeyo de las reivindicaciones — la constante aspiración a lo que se "debiera tener" y "no se tiene" — patente en las reformas sociales de nuestro siglo. La justicia — que definió Nédoncelle tan bellamente como "la caridad que mantiene sus conquistas sin excederlas"⁶ -se torna, de esta manera, simple compensación e inversión de los estratos sociales.

Otro aspecto de la misma situación aparece en las exhortaciones a la emulación y al cultivo del amor propio, que sostienen, infatigablemente, los seudomoralistas de hoy. Pero tales actitudes deben ser incluidas en esa enfermedad de las relaciones humanas que Kant denominó egoísmo comparativo. Sólo rebasando tal conducta igualadora y egoísta se alcanza la convivencia moral, que el mismo filósofo entendía como "reino de los fines", es decir, como estructura constituida por relaciones que enlazan un fin en sí con otro. Esto significa que cuando se persigue la igualdad, los demás dejan de ser un fin en sí, para convertirse en medios y medida de comparación, mientras que, alcanzada la convivencia moral, es decir, la fraternidad, los apreciamos y respetamos en lo que son; fin último y en sí. Rechazada la rivalidad, se sentirá complacencia por lo que el otro es y se lo servirá con afecto y abnegación.

Por su parte, la verdadera democracia restringe la igualdad al plano jurídico de los derechos, pero jamás pretende extenderla a las relaciones personales. Lo mismo acontece con la igualdad de obligaciones, que nada tiene que ver con las responsabilidades que impone la vida del espíritu, y con el ejercicio de la libertad, que se concreta a permitir el desenvolvimiento empírico del hombre dentro del Estado. Pero la auténtica libertad

⁵ Ortega, Democracia moribunda, Obras Completas, Revista de Occidente.

⁶ Nédoncelle, Vers une philosophie de l'amour, pág. 87, Aubier, París, 1946.

pertenece, como la fraternidad, al ser personal; consiste, por tanto, en un acto creador, dirigido a la subjetividad de otros hombres, mas nunca a meros entes. Por ejemplo, yo soy libre mientras me posea a mí mismo y logre comunicarme con la intimidad del prójimo. En cambio, Robinson Crusoe -solitario en su isla- estaba evadido pero no era libre, porque no lo rodeaban sino cosas que carentes de intimidad, no dependían de él más que como medios de una finalidad última.

Ahora bien, el Estado moderno, para lograr la monstruosa unificación en que se halla empeñado, hizo de la igualdad un arma dirigida a destruir la personalidad humana y con ello desvirtuó la democracia para siempre. A partir de ese momento el hombre, víctima de la tiranía, se vio obligado a vivir bajo el imperio de la superstición, del número y de la negación de la cualidad. La propaganda del Estado -prensa dirigida, actualidades cinematográficas, radiodifusión- con el mayor impudor, perfeccionó notablemente la técnica para conducir a las masas humanas, erigiéndose, al mismo tiempo y con la mayor hipocresía, en campeón de la democracia. Por tanto, en la unidad así lograda rezuma la hostilidad y la desconfianza. Negado el privilegio de la personalidad y sacrificada la libertad individual para salvaguardar la estabilidad estatal -aparentemente lo único seguro e inmovible- el pueblo ha quedado convertido en masa, es decir, en lo que Platón denominó "gran animal". Simone Weil ha repetido en nuestros días: "Una nación no tiene alma. Es un gran animal". Y, en efecto, no la tiene porque es una abstracción que, por tanto, excluye cuanto sea realmente humano: se renuncia a la verdad y a la justicia, es decir, se abandona el privilegio de pensar. Cada individuo llena el hueco que le ha dejado la pérdida del yo auténtico con un yo ficticio -provisto por una seudocreencia y alimentado por la propaganda- que, inconscientemente, teme perder. Este miedo lo torna agresivo y permite comprender el fanatismo con que pretende imponer sus dogmas sin admitir discusión. La violencia pasa a ser la "prima ratio", mientras que, como subraya Ortega, el hombre razonable recurre a aquélla cuando ha agotado todas las razones; en este caso es la "ultima ratio".

Ortega tuvo razón cuando comparó al hombre contemporáneo con el de la decadencia del Imperio Romano. Efectivamente, ¿acaso no leemos en el *Satiricón* de Petronio el siguiente epitafio, que podría definir con la misma justeza a cualquier industrial americano: ¿"Aquí yace G. Pompeyo Trimalción . . . nació pobre y se hizo rico, inmensamente rico. Dejó treinta millones de sestercios y nunca jamás acudió a las lecciones de los filósofos. Tú, que pasas, igual suerte te deseo"? Además, las raíces de tal decadencia coincidieron con dos de los síntomas capitales que padece nuestro tiempo: la falta de una auténtica creencia y la desvirtuación del Estado convertido en una colosal máquina. Pero mientras el Imperio Romano no pudo contener el derrumbe por faltarle el desarrollo técnico necesario, los Estados actuales se mantienen en aparente prosperidad, servidos por la monstruosa técnica moderna, que posterga, día a día, la catástrofe que los amenaza. Se me ocurre pensar, pues, que tal vez nos ocurra, desgraciadamente, como en el cuento de Poe *The facts in the case of M. Valdemar*, en el cual el protagonista, mantenido entre la vida y la muerte por medio de técnicas sobrenaturales en el instante en que tales procedimientos extraños dejan de actuar, se convierte en un montón de

carne putrefacta, y el cadáver de M. Valdemar llega al estado de descomposición correspondiente al tiempo transcurrido desde el instante en que habría fallecido. El Imperio Romano, en cambio, sucumbió de muerte natural.

También el hombre masa se asemeja al prehistórico, ya que como éste, sólo dispone de la técnica, sin vislumbrar siquiera el milagro de un nuevo Tiempo-eje, como denomina Jaspers al acontecimiento histórico en virtud del cual nace el espíritu humano. Tal como el primitivo que poseía el secreto del fuego, nuestro contemporáneo, dueño de la energía atómica, no sabe nada de su existencia, porque ha perdido el sentido que la sustentaba. Al respecto escribe Ortega: "El europeo que empieza a predominar sería, relativamente a la compleja civilización en que ha nacido, un hombre primitivo, un bárbaro emergiendo por escotillón, un 'invasor vertical'".

El hombre actual, llevado por las exageraciones del positivismo, asimiló, equivocadamente, la herencia espiritual a la biológica, desentendiéndose de la primera como podemos despreocuparnos de la última. Pero la herencia espiritual pertenece a un estrato del hombre que no tiene correspondiente en los animales y, por tanto, sólo a él le confiere historicidad. Depende de cada uno de nosotros impedir que aquélla se extinga, de la misma manera que promover su desarrollo, es decir, perpetuar al hombre como tal en la superficie de la tierra. Si éste, en cambio, al no saber discriminar en su ser entre lo perenne y lo caduco, deja que la delgada capa de cultura que lo cubre desaparezca, surgirá, de inmediato, un nuevo hombre primitivo.

El bárbaro de nuestros días se define como un auténtico inmoralista, puesto que tuvo la portentosa idea de desdeñar la herencia espiritual del Occidente. Tal rompimiento con tradiciones profundamente arraigadas hasta el presente, significa abandonar toda moral, toda costumbre^{7 1}. Desde este punto de vista América y Rusia se han constituido en la cuna de la inmoralidad. Ambas aparecieron en la historia cuando Europa descubrió la técnica moderna, sin lo que Jaspers llama *Turchbruch* (rompimiento irrupción). Actualmente, pese a las angustiosas advertencias de la sabiduría, América y Rusia continúan precipitando al hombre a la deshumanización, sin ser capaces de hallarle un nuevo derrotero.

⁷ "Cuando el más apartado rincón del globo haya sido técnicamente conquistado y económicamente explotado; cuando un suceso cualquiera sea rápidamente accesible en un lugar cualquiera y en un tiempo cualquiera; cuando se puedan "experimentar" simultáneamente el atentado a un rey, en Francia, y un concierto sinfónico en Tokio; cuando el tiempo sólo sea rapidez, instantaneidad y simultaneidad, mientras que el tiempo entendido como historia haya desaparecido de la existencia de todos los pueblos; cuando el boxeador rija como el gran hombre de una nación; cuando en número de millones triunfen las masas en los mitines -entonces, justamente entonces, volverán a atravesar todo este aquellare, como un fantasma, las preguntas: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y después?, ¿qué?"

Ahora bien, esta degradación de la democracia y por tanto, de los principios que la sustentan, obedece a que el hombre ha desdeñado la sabiduría, es decir, a la virtud tradicional por excelencia. Ésta, que exige de quien aspira alcanzarla años de tenaz autoperfeccionamiento, encierra en su raíz misma —como observan Marcel y Heidegger— la paciencia, lo cual contraría los intereses de un siglo cuyo lema es *Time is money* y que considera sacrílego cualquier derroche de tiempo monerizable. De aquí se desprende el derrumbe de los valores que se patentiza en la tergiversación que han sufrido en la actualidad las ideas de servicio y jerarquía. Éstas, vaciadas de contenido, adquirieron nuevos significados: rendimiento, función y cantidad. El hombre queda, de esta manera, definitivamente asimilado a la máquina⁸.

El panorama del mundo actual no puede por tanto ser más sombrío: mientras la técnica, transformada en una fuerza incontrolable continúa su loca carrera hacia el futuro, insensible a la degradación humana, la minoría de hombres no despersonalizados, sin vislumbrar el resurgimiento de la auténtica creencia revitalizadora, desespera sumido en la incertidumbre.

Pero no nos dejemos deslizar por la pendiente de las profecías, pretendiendo anticipar calamitosos desenlaces de la historia. Concretémonos a comprobar que existen posibilidades para mantener una vida dignificada por la tradición espiritual de Occidente. La salvación del futuro sólo depende de la restauración de la existencia ennoblecida por un hombre a quien "no le sabe su vida si no la hace consistir en servicio a algo trascendente". En este sentido Ortega nos habla, repetidas veces, como el que ve el resguardo seguro a través de la niebla, de dos tipos humanos que encarnan la nobleza: el hidalgo y el *gentleman*.

Sin embargo, otras preguntas nos asaltan: ¿qué ámbito le queda al hombre auténtico, único depositario de la creación, el amor y la libertad? ¿Cuál es su misión? Quizá la familia, entendida en el sentido más amplio —ya en trance de desaparecer— se erigirá en medio de la incertidumbre, convirtiéndose en verdadero humanismo. El hombre noble, nutriéndose de ella, emprenderá el arduo camino de la sabiduría, sin desfallecimientos hasta que su personalidad creadora promueva en otros hombres la elección de la existencia auténtica. De esta manera, se producirá el milagro de la comunicación humana. Sólo así se logrará la unidad auténtica de la Tierra y la salvación del hombre.

⁸ "Lo que amenaza al hombre en su esencia consiste en la opinión de que el hacer técnico pone al mundo en orden, mientras que, justamente, semejante orden destruye ese otro *ordo...* de un posible origen de la jerarquía y del reconocimiento que parten del ser". Heidegger, *Holzwege*, pág. 272.